

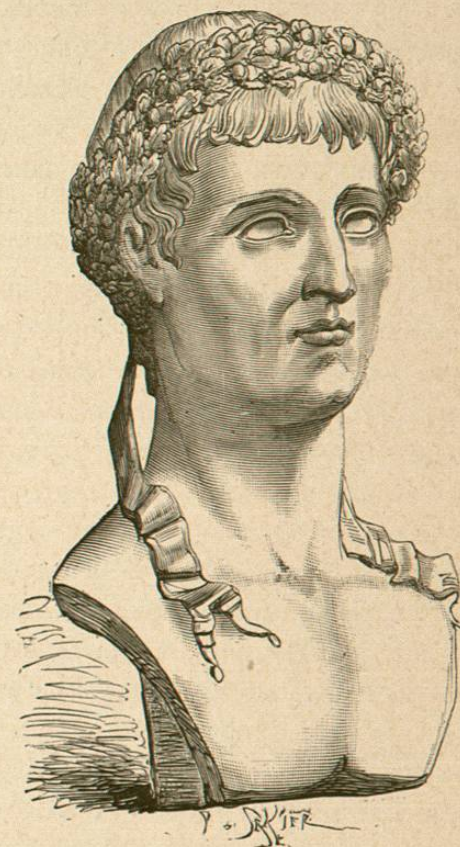
de vestal y de virgen; pero aunque no haya querido retratar el escultor sus vicios, tras la distinción aquella nobilísima, tras el aire honesto y recogido, tras el rostro de una imperial y olímpica soberbia descúbrense por las finas facciones, por los trazos delicadísimos, por los labios voluptuosos la natural ligereza de un provocador sensualismo y la carencia completa de voluntad y albedrío para sojuzgar y vencer sus brutales instintos, que dan á toda su figura, y con especialidad al rostro, mucho de inferior animalidad, fiera como una leona, pero descaradísima como una gata. Contemplándola, recuérdase la célebre anécdota, repetida entre todos los escritores, y que velaremos en latín para quitarle un tanto su insufrible desvergüenza. Julia tuvo en su matrimonio con Agripa cuatro hijos, dos varones y dos hembras: los varones llamados Cayo y Lucio, las hembras llamadas Julia y Agripina, madre de la madre de Nerón. Estos hijos asemejábanse mucho á su padre legal, Agripa. Y como uno de sus amantes le observara cierto día esta particularidad y le pidiera explicaciones, respondióle brutalmente Julia con la desvergüenza que á continuación copiamos, dejándola, según ya hemos dicho, en latín: *Nunquam, enim, nissi navi plena tollo vectorem.* Todo esto debía naturalmente contrariar al infeliz Agripa y matarlo de pena y de vergüenza. Quince años vivió con Julia, y por ende acabó á los cincuenta y cinco. Augusto no supo jamás los dolores de su yerno. En las batallas le ofreció su vida, en la corte su honor. El César, que sintiera y llorara mucho la pérdida irreparable de su gran capitán, redobló los cuidados por sus hijos, creyendo cultivar así la memoria suya y recompensarle con creces la devoción tenida por él á su persona. El rico vivero de príncipes que había dado la boda política y de artificio le auguraban una dinastía numerosa y segura. Julia resplandecía en el cenit de su poder y de su influencia. El mayor de sus hijos, Cayo César, se congraciaba cada día más con el emperador y con el pueblo. Las princesas recibían una educación digna de su origen cuasi divino y de su ministerio en el mundo. Extraordinario calígrafo Augusto, les enseñaba él mismo á escribir y les dirigía la mano. En la mesa ocupaban la derecha suya sobre los triclinios, y en los viajes ó cabalgaban junto á él ó precedían su persona en litera.

Todo el amor que mostrara un día por Marcelo, mostrábalo por

Cayo después, asociado á su imperio y heredero de su trono. Livia contemplaba todo esto con grandísima inquietud; y para deshacer la dinastía, volvió á sus antiguos proyectos, casando al fin Julia con Tiberio. Tres maridos aquélla tuvo, cada cual de complexión diversa. Casóse primero con el efebo que habían dado al mundo los

amores de Octavia; casóse después con aquel soldado que había cedido á César Augusto la diadema del mundo conseguida en la victoria de Accio; y luego, á la postre, con Tiberio, el más hermoso, pero también el más aborrecible de suyo y el más aborrecido por ella. Livia hizo que su Tiberio entrara en la familia imperial y ocupase aquel sitio, donde se habían sentado Marcelo y Agripa como herederos presuntos del Imperio. Pero ¿á qué precio entró? Primeramente necesitó divorciar á Tiberio de su tierna esposa, engendrada en el primer matrimonio de Agripa y desde sus más tiernos años prometida por Augusto á su lecho y por él amada como si fuese novia de su elección. Puro y aun austero

en la mocedad, atribuíase tal pureza, rayana en austeridad, al vigor de su temperamento, á la enérgica moral de sus costumbres, al influjo de pasión tan legítima como soberana; y en cambio casábase con la mujer á quien él más aborrecía en este mundo, aborrecimiento mezclado con desprecio. Y confesemos que tenía motivos bien fundados para odiarla. Julia cambiaba de maridos, pero no cambiaba de complexión. Las propensiones al goce, lejos de calmarse con los años,



Tiberio (busto del Louvre)

exacerbábanse á su transcurso. Tiberio aparecía en el matrimonio á sus ojos con esta laca, la de ser el único varón romano que resistiera con resistencia invencible las seducciones de sus atractivos y los mandamientos de su voluntad. En cuanto á él, imaginaos con qué gusto recibiría por mujer á la misma que no había querido por manceba. Mucho asco debía causarle, y no mucho amor, la esposa elegida y designada por los suyos. Pocas veces habránse visto en matrimonios desgraciados tantas mutuas repulsiones invencibles. Julia satisfacía un capricho, avasallaba un despegado y rebelde; mas para ella no tenía encantos el placer legítimo. No satisfacía el deseo sino claudicando ella y corrompiendo á los demás. En tal estado la vida matrimonial se tornaba insufrible de todo punto. Habitando bajo un solo techo, durmiendo en su nupcial tálamo, constreñidos por los mutuos deberes á tener una existencia común, hallábanse apartados por un combate, superior en odios y en crueldades á cuantos vemos en este nuestro desastrado universo, el combate feroz entre dos almas juntadas por la fuerza y discordes y reñidas por sus sendas propensiones. Treinta y siete años á lo sumo contaría Tiberio cuando atravesaba tal fase de su vida. En ella debió adquirir la misantropía, por cuyas criminales sugerencias oprimió la tierra, desangró la humanidad y deshonoró la historia. Hijo dócil de Livia, vasallo fiel de Augusto, hecho á servir en el ejército y en la corte, ni un reparo adujo contra su boda; pero allá en lo interior del pensamiento recatado, bajo las dobleces de una voluntad hipócrita, en el seno de un ánimo solitario, aunque lo rodeara todo el mundo, los propósitos de resistencia se arraigaron hasta un extremo tal, que nunca fué, nunca, esposo de Julia. Esta, por su parte, aprovechaba el influjo omnipotente sobre su padre para tenerlo alejado y casi proscrito de la corte. Por consecuencia, todo indicaba el desenlace fatal de semejantes discordias matrimoniales, todo indicaba un divorcio. Tiberio lo quería con su imperiosa voluntad y lo preparaba con su natural astucia. Conociéndolo Julia, procuraba divorciarse, no legal, materialmente. Cooperaban á esto con ella los innumerables copartícipes de su amor y de sus favores, pregonando á una la deshonra de Tiberio, sin pensar que pregonaban también los vicios de Julia. Plumas como la de Séneca el filósofo y Plinio el joven, además de las plumas como tantos verdaderos puñales por los his-

toriadores de primer orden esgrimidas, han trasladado á la posteridad este divorcio enmascarado con careta de político destierro. Tiberio se fué á Rodas, pero se fué con la resolución irrevocable de resarcirse y de vengarse.

El destierro de Tiberio produjo, como no podía menos, bandos y partidos en la familia imperial. Las guerras civiles ahogadas en la ciudad renacieron feroces en la corte. Así resulta por ley natural con todos los imperios. Matan la oposición franca en los comicios, y brota la oposición artera en los harenes. Tiberio no perdonó á su mujer Julia que, para desasirse de su incómoda compañía, le designara en los consejos de Augusto general contra los parthos. A tal cargo impuesto por la perfidia, prefirió un destierro voluntario, en la seguridad y certeza de que resultaría por fin y á la postre destierro definitivo. Augusto y Livia le rogaron de común acuerdo que ofreciera el recibido mando en Asia y renunciase al escandaloso apartamiento en Rodas. Tiberio, en su compleción tenaz, rehusó todo género de concesiones á los deseos paternos, con el fin de ver cómo Augusto se las componía sin él y Livia lo echaba de menos. Cuanto se prometía de su ausencia resultó en seguida. Livia se halló sola, y en su triste soledad circuida por las asechanzas de su nuera y de los hijos de su nuera. Ésta, en el primer parto sufrido bajo la nominal advocación de Tiberio, tuvo un aborto, y el aborto aumentó el horror de su marido á ella y las maniobras de Livia contra la herencia y el influjo de sus hijos. Había, pues, dentro de la corte un partido personalísimo del emperador, otro de la emperatriz, otro de los nietos del emperador, otro de la princesa Julia. Presidía Sempronio Graco el de la princesa. Tal joven, acostumbrado á los combates políticos del antiguo tiempo, combatía en la casa del emperador como si estuviera en la casa del Senado. Así, á fuerza de maniobras políticas, logró, porfiando tres ó cuatro años, convertir el destierro voluntario y temporal de Tiberio en destierro definitivo y forzoso. Semejante victoria nueva, conseguida por la influencia de Julia sobre la influencia de Livia, hirió el corazón de ésta última, corazón de madrastra, con herida mortal. Desde aquel minuto propúsose con propósito firme revelar al esposo las maldades increíbles de su hija. Estaba cierta de romper y despedazar su corazón, mas prefería con mucho tamaña extremidad á un odio pla-

tónico y secreto, incapaz de pública y ruidosa venganza. En el apoyo de su marido á renovar las virtudes republicanas, cual si no fuese toda corrupción natural y propia de los imperios, nada podía herirle como un conocimiento claro de lo que su hija era en el mundo. Teníala por ejemplo de castidad y pureza. Cuando algún rumor á sus oídos iba, lo desechaba, tomando su Julia por una especie de Claudia. Fué tal Claudia una buena y casta mujer en tiempo de la República. Perseguida por infames calumniadores á causa de su horror al vicio, supo confundirlos pública y solemnemente. Como colosal nave portadora de la estatua de Juno al ingreso de Ostia naufragara, y los adivinos anunciasen que solamente la pondría en flote sacándola del abismo una mujer honesta, Claudia se avanza, y con religioso conjuro, pidiendo á la divinidad un mentís de las calumnias que desopinaron su persona, obró el milagro y vino á la superficie del mar la máquina sepultada en lo profundo. Llevaba el emperador su imperial celo por la virtud y pureza de Julia tan allá, que le combatía sus propensiones al excesivo lujo. Ésta, cuando se adornaba con exceso, decía que se adornaba para su esposo, y cuando se adornaba con sobriedad y sencillez decía que se adornaba para su padre. Augusto aprovechaba todas las ocasiones propicias para darle algún advertimiento práctico. Cierta vez que notó en el circo clarísima diferencia entre la recepción dispensada por el pueblo á Livia, que iba en compañía de gentes tan maduras como graves, y la recepción dispensada por el pueblo á Julia, que iba en compañía de gentes tan jóvenes como ligeras, hízole notar la hija que la juventud resulta siempre un mal corregible á cada minuto. Otro día, como Augusto viera la peinadora de su hija despojándola de algunos cabellos blancos, llamóle su atención sobre cuánto deben preferirse las canas á la calvicie. Julia defendía sus lujos y ostentaciones con estas frases felicísimas: «Si mi padre olvida con frecuencia ser César, yo nunca olvidaré que soy la hija de César.» No convencían tales razones al emperador. Empeñado en guardar de la República todas cuantas ventajas la República tuvo, si no mantenía las instituciones libres y parlamentarias, mantenía las viejas y austerísimas costumbres. En el habla usual de los republicanos surgía continuamente, como un tópico indispensable, la rueca y el huso de Lucrecia. Camilo, Cincinato, Cúr-

cio vistieron trajes hilados y urdidos por sus mujeres. Augusto se ufanaba de lo mismo, de que sus vestiduras en todo tiempo salieran de los telares caseros, tejidas por femeniles manos. En tal empeño se advertía toda la característica propia de su política. Nunca se habló tanto de libertad, nunca de Senado, nunca de instituciones republicanas como á la fundación del Imperio. Todo lo tristemente nuevo se revestía y enmascaraba con las apariencias de lo antiguo. No acabó la grandiosa Cámara senatorial en su tiempo; renovóse y purificóse á sus leyes. El tribunado y el consulado no desaparecieron, desempeñaronlos estadistas integérrimos como él y como Agripa. La censura, tan gloriosamente fundada en los antiguos tiempos y esclarecida por el celo republicano, cayó en su poder á fin de que recobrara los antiguos esplendores. En la tribuna ociosa no se oyeron los discursos de Marco Julio, pero se promulgaron las leyes Julia y Papia Popena, santificadoras de las costumbres, pretendiendo así el innovador que restauraba y no hería la República. De igual suerte organizó la corte. No busquéis en ella los libertos de más tarde, aquellos favoritos griegos, que después de haber pasado por la ergástula, coparticipaban del trono, y con la cadena en el pie ceñíanse la diadema de Roma en las envilecidas sienas; el tren de Augusto, el ajuar, el esplendor se diferenciaban muy poco de los usuales en las primeras familias romanas. Redomadamente político, sabía, con saber profundo y perfecto, cómo se cambian las instituciones con facilidad cuando se finge respetar las costumbres con celo. Su arte y destreza en convertir la casa particular en palacio demuestran cuán taimado y doloso era. Un príncipe de la república no había menester palacio por alta consideración y autoridad que tomase; pero un príncipe de la monarquía, un verdadero emperador como Augusto, necesitáballo de toda necesidad. Pero ¿cómo conservar la sencillez republicana en palacio grandioso, ni ejercer la majestad imperial en casa reducida? Taimadísimo Augusto, escogió un expediente que prueba su perfidia natural. Había vivido en el foro de simple ciudadano. Mas emperador ó monarca, debía vivir en el Palatino, sacra montaña de las viejas tradiciones realistas, consagrada por la sombra de todos los reyes, donde abrió Rómulo con la punta de su arado el surco para sembrar las ideas latinas y donde surgió la Roma cuadrata, base y fundamento ciclópeo de la eterna Roma. Como el

monte Sacro y el Aventino resultan á una las montañas de los tribunos, el Palatino resulta la montaña de los reyes. Por consecuencia, el César debía vivir en el Palatino á la manera que Júpiter tronaba en el Capitolio. Nada más fácil que apropiárselo á voluntad. Los viles senadores, dados á legalizar todas sus usurpaciones, bien podían legalizar aquella indebida ocupación. Al cederle toda la tierra, no había para qué regatearle una colina. Augusto, escondiendo bajo apariencias engañosas los hondos cambios consumados en la Ciudad Eterna, compró una casa, la casa de un orador antiguo, la casa de Hortensio. Habitación de familia preclara, no tenía las dimensiones indispensables á la vivienda propia de una familia imperial. Precisaba ensancharla, extenderla, prestar á sus salones el espacio necesario para que dentro de sus paredes cupieran todas las magistraturas, todas las dignidades, todas las prerrogativas, todas las grandezas, todas las glorias acumuladas en su persona, que al fin habían hecho del cielo su dosel, de la tierra su peana, de la humanidad su rebaño. Para el alojamiento de un poder como su poder necesitábase palacio semejante al palacio de Baltasar y Sardanápalo.

¿Cómo hacerlo? Una de las mayores curiosidades que os provocan á largo estudio en aquella tan estudiada Roma, es la excavación emprendida tras el palacio de los Césares. La historia y la naturaleza de consuno con sus voracidades, el tiempo con sus desgastes, la sociedad y los hombres con sus guerras lo han destruído todo en términos y han puesto sobre tal destrucción tantas moles y terrenos tantos, que hallaréis con mayor facilidad los restos de una tribu prehistórica ó la capa plutoniana perteneciente á las bases fundamentales y á los terrenos primitivos del planeta, que las habitaciones de personajes tan cercanos y tan históricos. Pero, excavada la colina donde tuvo Augusto la mansión, luego adscrita y vinculada en su familia y herederos, aparecen laberintos de piedras; muchas salas, ya circulares, ya cuadradas, ya octágonas; varios pavimentos de mosaicos; mármoles de rarísimas canteras; alabastros, pórfidos, ágatas, materias todas semejantes á pedrería; estatuas trazadas por el cincel griego; frescos en los cuales campean, ya calles de Roma, ya escenas del teatro antiguo, ya personajes de la mitología, como Ceres en su carreta, como Io libertada por el divi-

no Hermes, como Galatea perseguida por los cíclopes; excesos de magnificencias correspondientes con el exceso de autoridad y de poder. ¿Cómo, pues, todo esto se ha hecho? De un modo muy sencillo. Sucedió primero un voraz incendio, muy oportuno para la reedificación de aquel hogar modestísimo. Luego se construyeron los templos de Vesta y de Apolo, ambos espaciosos, abiertos á la multitud que los veía deslumbrada, completados por anejos múltiples; y así, en las dependencias del templo, en las edificaciones indispensables á sus respectivos cleros, penetraban las galerías, las despensas, los archivos, las bibliotecas, las salas; en una palabra, las habitaciones de Augusto, sin que nadie lo notase; quedando en apariencia la modesta casa de Octavio, cual aparentemente quedaban también las instituciones republicanas, dentro del Imperio. Un hombre que procedía por tal manera y suerte respecto de objetos tan externos y tangibles, imaginaos cómo procedería respecto de las costumbres. No ya conservar las que habían por tanto extremo enaltecido la forma republicana, mejorarlas: he ahí su capital intento. A este fin había promulgado en la tribuna de los Rostros las leyes Julia y Papia Popea, con ánimo de fomentar el matrimonio al modo antiguo y traer á Roma nuevamente la sacra y vieja virtud republicana. Para modelo de vida no podía ofrecer cosa mejor que su vivienda, y para ejemplos de mujeres castas no podía presentar tipos más propiamente suyos que su Livia y su Julia. Ufano de ambas, especialmente de la hija, más joven y más hermosa, ignoraba que allí, á la misma tribuna donde promulgó él sus códigos morales, iba Julia sigilosamente por las noches á entregar su cuerpo, en compañía de locos mancebos y en guisa de las mercenarias prostitutas, al vino y al placer. El orgullo de la familia imperial se concentraba en la matrona. Las criaturas habidas todas en matrimonio legítimo por ella identificábanse con sus legítimos padres en semejanza y parecido. Alguna vez excedíase Julia de lo prevenido por su padre y monarca en materia de lujo; mas así que le dirigían cualquier advertencia, entraba en orden y regularidad, coadyuvando á los designios del emperador y á la gloria del Imperio. Su distinción le había captado muchos partidarios á la nueva forma de gobierno. La robustez y la hermosura, universalmente reconocidas y admiradas, en honor de la familia

cedía. Muy fundadamente se imaginara César descendiente de Venus; la resobrina, engendrada por el sobrino suyo Augusto, resplandecía con todas las gracias naturales á la divinidad incomparable del amor y del placer. Su frente ancha, su nariz helénica, sus ojos grandes, sus labios desdeñosos le daban cierta dureza indispensable á quienes habían de compartir la imperial autoridad y ocupar un trono tan alto. Cuando aparecía vestida para una festividad, calzada con sandalias rojas, envuelta en las atenienses túnicas, la diadema de oro cincelada primorosamente alrededor de las sienes y en la nuca el cabello negro anudado en un moño cubierto por tres hilos de perlas indias, el rumor de admiración provocado por su presencia se asemejaba mucho al rumor producido en los templos por los rezos y oraciones de un pueblo fiel y devoto.

Pero ¡cuántas y cuáles tentaciones increíbles no rodeaban á la mujer entonces! La esclavitud se imposibilitara, no obstante la inspiración de César y la increíble habilidad de Augusto, si la mujer en Roma no generara siervos. Los engendró sin remedio, los engendró en su corrupción. ¿Qué modo era ese de renovar las costumbres, presentando y ofreciendo tales divorcios en la misma familia imperial? Tenían por tradición los romanos el adornar de ramas verdes los pórticos y puertas de las cámaras nupciales. Pues bien: mucho antes de que tales ramas se hubieran secado, despedían las matronas su marido y tomaban otro. Mujer hubo de ocho maridos en cinco años. Recorred las letras republicanas, y no encontraréis un libro comparable al *Arte de amar*, escrito en sus ocios sensuales por un poeta cortesano. Escribir y publicar semejantes libros á ciencia y paciencia del censor severo é imperial, que promulgaba leyes sobre leyes y disponía prevenciones sobre prevenciones en corrección y mejoramiento de las costumbres, indicaba cómo éstas se corrompieran por irremediable modo en el régimen imperial. Julia leía y releía los pornográficos hexámetros de tan asquerosa literatura, procediendo con arreglo á sus consejos elevados. Y á estas perversiones de las letras acompañaban perversiones análogas de los instintos domésticos más fundamentales y sacros. La esclavitud se recrudeció de tal modo en la Roma cesárea, que no parecía una ciudad ilustre de hombres libres, parecía una vil ergástula de misérrimos siervos. Como la naturaleza humana se resarce

á la continua de todo lo dispuesto y de todo lo hecho en su menzura, el amor igualaba, saltando sobre los abismos insondables, aquellas criaturas desigualadas por la sociedad y por las leyes. Grecia daba esclavos más bellos, más inteligentes, más artistas que todos los ciudadanos del viejo Lacio. Y el Africa y el Danubio daban esclavos más robustos y más fuertes que los conquistadores y déspotas del planeta. ¡Cuán fácilmente aquellos hombres, tratados, ya como inertes objetos, ya como animales domésticos, mientras los amos iban, bien á la corte, bien á la curia, se prevallían de la confianza en ellos puesta, y con salto de tigre subían desde sus abismos al tálamo nupcial de las patricias! Julia llevaba consigo una legión de siervos, electos entre los más hermosos que los conquistadores cazaban por las orillas de lejanos ríos. Especialmente un griego, que recordaba las melodiosas estatuas antiguas, y un fuerte nubio de facciones correctísimas muy compatibles con su tez negra y su atlética fuerza, la seguían por todas partes. Cuando un exceso de vigilancia ó un resto de rubor no le permitían salir á la carrera por las noches en busca de fáciles placeres y advenedizos amantes, desquitábase de su forzoso ayuno con estos animales domésticos, á quienes la vileza de su condición social no les quitaba por modo alguno la condición y la fuerza de hombres. El envilecimiento de los caracteres proviene de la profunda corrupción social, generadora también del envilecimiento en las instituciones. La historia enseña que las formas de gobierno resultan del estado social y no lo causan ciertamente ni originan. Augusto aprendía, bien á su costa y dentro de la propia familia, por qué nacieran su dictadura y su imperio.

Sustituir el Senado con el circo; levantar estatuas, no á los Gracos, á los cocheros; clasificar los partidos por los colores de las vestimentas titerescas y no por las ideas y por los principios del humano espíritu; hacer de las cuerdas comicios y de los caballos dioses; todas estas necesarias acciones de un despotismo corruptor, empeñado en satisfacer con el trigo y el juego las hambres del alma romana, secularmente adscrita por una tradición gloriosísima y por un derecho consuetudinario al bien incomparable de la libertad, habían de traer por fuerza una corrupción al mundo entero, de la que nadie podía exentarse y menos la cabeza del mundo, la infame